

Una perspectiva relacional basada en la psicología del self¹

James Fosshage

Agradezco a Joseph Cambray, el editor norteamericano, su invitación y estoy encantado de participar en este diálogo en curso entre psicoanalistas y psicólogos analíticos. Refiriéndome a las preguntas tan concisamente como sea posible, intentaré crear una narrativa coherente al responder a las interrogantes en el siguiente orden: 8, 6 & 7, 4, 3, 5, 1 & 2 y 9.

Pienso que será útil para el lector conocer lo que sigue en relación a mis antecedentes. Tuve la suerte de aprender sobre Jung en la escuela secundaria, completar un estudio independiente sobre Jung en la universidad y pasar por dos análisis jungianos en Nueva York mientras cursaba estudios de postgrado en la Universidad de Columbia. Durante ese periodo de mi vida, leí a Jung y a otros autores jungianos con avidez y, por lo tanto, he sido sustancialmente influenciado por el pensamiento jungiano. A continuación, comencé mi entrenamiento psicoanalítico en 1968 a la edad de 28 años en el Postgraduate Center for Mental Health, Nueva York. En aquellos días, el Postgraduate Center tenía la reputación de ser un instituto freudiano ecléctico, lo que según descubrí significaba psicología del ello y psicología del yo.

Sin embargo, en el transcurso de mi entrenamiento no me pareció experiencialmente significativa la teoría freudiana. Me encontré con los escritos de Guntrip –más tarde, con los de Winnicott y Balint– y todos ellos me hicieron sentido. Poco antes de graduarme de mi entrenamiento psicoanalítico en 1972, leí el primer libro de Kohut (1971). Sabía que su reformulación del narcisismo y la identificación de fenómenos similares a la transferencia, más tarde llamados transferencias selfobjeto, eran de gran importancia. No obstante, estaba en desacuerdo con su teoría de las pulsiones y la energía y su postulado de dos líneas independientes del desarrollo, la de las relaciones objetales y la del narcisismo. Sugerir que los sentimientos del self y los sentimientos respecto de los demás no

¹ Artículo publicado originalmente en el *Journal of Analytical Psychology*, 47 (1), 67-82 (2002), con el título "A relational self psychological perspective". Esa edición de la revista estuvo dedicada a la creación de un diálogo entre psicoanálisis y psicología jungiana y la propuesta general del editor fue que los autores respondieran una serie de preguntas. De modo resumido, fueron: (1) ¿Qué es lo que facilita el cambio terapéutico? (2) ¿Cuál es el rol del terapeuta? (3) ¿Cuál es el rol de los sueños en el tratamiento? (4) ¿Cuál es el rol del complejo de Edipo? (5) ¿Existe lugar en el tratamiento para discutir religión y espiritualidad? (6) ¿Cuál es el rol del concepto del self? (7) ¿Cuál es su perspectiva sobre el crecimiento y desarrollo adulto? (8) ¿Cuáles son los cambios paradigmáticos principales que se han producido en la psicología profunda? (9) ¿Cuáles serían tópicos enriquecedores para la discusión entre psicoanálisis y psicología analítica? Traducción por Ps. André Sassenfeld J.

están intrincadamente entrelazados no calza con nuestra experiencia. En consecuencia, me focalicé sobre los sueños, un interés que surgió a partir de mis análisis jungianos y basado en la psicología del yo y fui coautor, con Clem Loew y otros, de *Dream Interpretation: A Comparative Study* (1978). Con posterioridad, desarrollé lo que llamo el modelo organizacional de los sueños (1983, 1987a, 1987b, 1989, 1997a) que también fue presentado en una edición revisada de nuestro libro (1987). A fines de la década de 1970, la psicología del self había emergido más plenamente y, en ese momento, me interesó en profundidad. A pesar de que la psicología del self y el pensamiento jungiano difieren de modo significativo, su convergencia me permitió encontrar dentro de la psicología del self un hogar psicoanalítico suficientemente cómodo. Como con todos los hogares, he estado intentando dar forma y, desde mi punto de vista, ampliar el pensamiento teórico y clínico y, en ocasiones, me refiero a mi perspectiva como psicología relacional del self.

Cambios paradigmáticos (Pregunta 8)

Dos cambios paradigmáticos fundamentales se están produciendo al interior del psicoanálisis. En primer lugar, la transición desde la ciencia positivista hacia la ciencia relativista (Fosshage, 1992), que emana del Principio de Incertidumbre de Heisenberg, es algo básico para las ciencias en general. Como bien se sabe, el Principio de Incertidumbre de Heisenberg, que se basa en los hallazgos de la física subatómica, estipula que el acto de observación en el nivel subatómico influencia aquello que es observado, implicando que los “hechos” son relativos a la influencia del observador. Este hallazgo ha afectado todas las ciencias y, por cierto, al psicoanálisis. La observación psicoanalítica no puede ser visualizada como objetiva, sino que debe ser entendida siempre como filtrada y variablemente formada, de manera perceptual e interactiva, por la subjetividad del analista. En términos clínicos, la ciencia relativista destrona al analista de una posición elevada de objetividad y nivela el campo de acción. Creo que todos nosotros aún estamos en el proceso de integrar este cambio (lo que queda al descubierto cuando nos deslizamos hacia una modalidad positivista y ofrecemos nuestra interpretación con un aura de objetividad y factualidad). Un sinnúmero de autores se están refiriendo a este asunto, pero es una fuerza fundamental en el trabajo de Spence (1982), Schafer (1983), Atwood y Stolorow (1984), Hoffman (1998) y Orange (1995).

Al integrar esta perspectiva relativista, Kohut (1959, 1982) reconoció que existían dos perspectivas en el campo analítico y, poniendo al día la epistemología psicoanalítica, colocó su énfasis sobre la perspectiva del paciente en su formulación de la modalidad empática de observación. Escuchar de modo empático es oír y experimentar al paciente de la mejor forma que podamos, a través de la resonancia afectiva y la introspección vicaria, desde dentro del marco de referencia del paciente. Mientras que todos los analistas emplean en medida variable la

modalidad empática, los psicólogos del self enfatizan la importancia de una escucha empática consistente. ¿Qué otras alternativas tenemos? Yo (1995, 1997b) he formulado recientemente otra perspectiva primaria de escucha/experiencia, denominada la perspectiva de la escucha centrada en el otro. Esta perspectiva hace referencia a cómo uno puede experimentar al paciente desde el punto de vista de la otra persona, esto es, cómo se siente ser la otra persona en una relación con el paciente. Esta perspectiva centrada en el otro (con frecuencia enfatizada en los acercamientos de las relaciones objetales e interpersonales) nos proporciona potencialmente información relevante respecto de las relaciones del paciente. Creo que ambos tipos de datos son necesarios para lograr un entendimiento comprehensivo del paciente.

El segundo cambio paradigmático bien documentado desde una psicología unipersonal hacia una psicología bipersonal (Rickman, 1951; Balint, 1968; Greenberg & Mitchell, 1983; Atwood & Stolorow, 1984; Modell, 1984; Mitchell, 1988; Ghent, 1989; Fosshage, 1992) es propio de una variedad de acercamientos psicoanalíticos, incluyendo la escuela británica de las relaciones objetales, la psicología del self, el psicoanálisis interpersonal y ciertas corrientes dentro de la psicología freudiana del yo. Ha conducido al uso de los términos teoría de la intersubjetividad (Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987) y perspectivas relacionales (Greenberg & Mitchell, 1983; Mitchell, 1988; Mitchell & Aron, 1999). El desarrollo psicológico, la patogénesis, la transferencia y la acción terapéutica han dejado de ser visualizadas como fenómenos generados primariamente de modo intrapsíquico y son ahora vistos como profundamente enclavados y formados por un campo relacional o intersubjetivo (Fosshage, 1992). Por ejemplo, dentro de los modelos constructivista (Hoffman, 1998) u organizacional (Stolorow & Lachmann, 1984/1985; Fosshage, 1994), la transferencia es entendida no como generada primariamente de modo intrapsíquico, sino como fenómeno al cual contribuyen en medida variable tanto el analista como el paciente. Este cambio desde una perspectiva intrapsíquica hacia una perspectiva de campo es profundo y “puede ser comparado con la revolución copernicana en cuanto el individuo, como el planeta tierra, no existe por sí solo, sino que sólo puede ser entendido en relación a las ‘fuerzas gravitacionales’ del universo más amplio” (Fosshage, 1992).

El desarrollo psicológico (Preguntas 6 & 7)

Todos los modelos del desarrollo postulan que los seres humanos están constitucionalmente determinados para seguir patrones evolutivos generales. La especificidad, el contenido y el énfasis de estos patrones difieren de modo considerable. Cómo y en qué grado el desarrollo requiere y es formado por un campo relacional hace referencia a las características unipersonales y bipersonales de cada modelo. Además, la motivación, sea implícita o explícita, es de importancia central en la teoría de la personalidad.

Jung colocó el self, refiriéndose a un principio organizador inconsciente de la personalidad, en el centro del desarrollo, llamado individuación. De modo similar, Kohut (1984) colocó en el centro del desarrollo psicológico al self que busca “realizar el self nuclear y su programa intrínseco de acción” dentro de una matriz self-selfobjeto. El “programa intrínseco de acción” de Kohut se refiere, de manera similar a Jung, a un “programa” o principio “guía” evolutivo global de naturaleza constitucional, específico de cada persona. Kohut enfatizó en su concepto de la matriz self-selfobjeto la responsividad evolutiva ambientalmente necesaria (tal como pusieron al descubierto los autores post-jungianos en la edición del año 2000 de *Psychoanalytic Dialogues* y una discusión reciente de Massimo Giannoni, actualmente los post-jungianos están integrando de modo más pleno la dimensión relacional del desarrollo). Otros autores psicoanalíticos también han propuesto un centro único de guía dentro de una persona –Loewald (1960) el “self nuclear”, Winnicott (1960) el “self verdadero” versus un “falso self”, y Guntrip (1971) el “self”. El modelo motivacional subyacente tanto para los jungianos como para los psicólogos del self es lo que yo llamo un modelo motivacional de la actualización del self o de la realización del self, haciendo referencia a impulsos fundamentales hacia el desarrollo o crecimiento.

Los analistas que se basan en la psicología del self utilizan variablemente el concepto del self para referirse a componentes constitucionales y/o para referirse al sentido del self de una persona (esto es, la experiencia del self de una persona). A pesar de que creo que la influencia de la genética es considerable (e insuficientemente abordada en las perspectivas relacionales), los componentes genéticos entran de manera variable en el proceso relacional de formación que se produce. Thomas y Chess (1977) nos han proporcionado una demostración experimental poderosa respecto de que algunos componentes de la personalidad son más bien inflexibles –por ejemplo, el temperamento, evaluado en el nacimiento, tiende a permanecer consistente a lo largo de la vida. La evidencia de los impulsos hacia el desarrollo también se sigue acumulando. El concepto de corrección o reparación personal [self-righting]² (Tolpin, 1986; Lichtenberg, 1989; Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1992, 1996) recientemente ha sido derivado del embriólogo Waddington (1947), quien propuso una tendencia genéticamente programada, inherente a todos los organismos, hacia la organización del self y la corrección o reparación personal. Lichtenberg (1989) postula “una tendencia inherente a volverse contra un déficit mediante un avance evolutivo cuando ocurre un cambio positivo en una condición externa inhibitoria” (p. 328). Tolpin (1986) observa que el bebé frustrado espontáneamente revive e insiste en lograr que “¡la madre actúe de modo correcto!” (p. 121). En el nivel microbiológico, la tendencia

² N. del T.: El término *self-righting* no tiene una traducción inequívoca. Hemos optado por emplear el concepto de “corrección o reparación personal” en función de los comentarios posteriores que el autor ofrece. La connotación central del término en inglés apunta hacia actitudes y comportamientos que el self realiza con tal de corregir o reparar por sí mismo algo que los demás han hecho de modo incorrecto o que ha sido dañino para el self.

hacia la corrección o reparación personal se ve reflejada en los descubrimientos acerca de las complejas instrucciones genéticas del ADN para la reparación de daños. Una privación de REM lleva a un “efecto de rechazo” o de corrección o reparación personal (ver Fiss, 1986, para una reseña). Los sueños de estado del self (Kohut, 1977) son visualizados como intentos de restaurar un sentido del self que está fallando. Yo (1983, 1987a) he postulado que el soñar tiende a desarrollar, mantener y restaurar (corregir o reparar) la organización psicológica. Y, basándose en la investigación de la infancia, Stern (1985) presenta una variedad de componentes constitucionales en el despliegue y la estructuración evolutiva de un sentido del self dentro de un campo “interpersonal”. La descripción que Stern hace de “un despliegue continuo de una naturaleza social intrínsecamente determinada” (1985, p. 234) hace de las relaciones una característica constitucional del self.

Desde mi punto de vista, el postulado de impulsos hacia el desarrollo y de un centro “nuclear”, con independencia de cuán especificado esté, proporciona la *motivación para* y la *dirección general* de un análisis. *Una persona que busca tratamiento analítico espera las experiencias que son un requisito evolutivo* (lo que se llama, al interior de una perspectiva basada en la psicología del self, la dimensión selfobjeto de la transferencia o la relación analítica; ver Ornstein, 1974), *a menudo espera que lo antiguo vuelva a ocurrir, tiende a organizar y construir la experiencia analítica de acuerdo a esquemas bien establecidos* (transferencia) *y tiende a vincularse en formas características establecidas en relaciones pasadas* (ver Fosshage, 1994, sobre la transferencia). Estos diversos procesos están intrincadamente entrelazados y son el foco del análisis. Si no se postulan impulsos hacia el desarrollo, el analizado tiende a ser visualizado como exclusivamente esforzado por mantener lo “antiguo”, sea que se conceptualice como fijaciones infantiles o como patrones de apego. En estas circunstancias, la fuerza global que impulsa el cambio analítico, más que ser animada por los impulsos evolutivos del analizado hacia el cambio, se desplaza de manera sutil hacia el analista y potencia la acomodación o aversión del analizado respecto de lo que entonces se convierte en el programa que el analista tiene para el cambio.

El desarrollo requiere un campo relacional. El hallazgo clínico más importante de Kohut estaba ligado a las formas en las que los pacientes usan a sus analistas para desarrollar, consolidar y mantener un sentido del self cohesionado y positivo. Kohut conceptualizó esta dimensión de la experiencia analítica como transferencia selfobjeto y gradualmente formuló un modelo del desarrollo basado en la matriz self-selfobjeto. Kohut (1984) consideró que esta matriz self-selfobjeto era una matriz relacional que provee y sostiene la vida:

La psicología self considera que las relaciones self-selfobjeto forman la esencia de la vida psicológica desde el nacimiento hasta la muerte, que un movimiento desde la dependencia (simbiosis) hacia la independencia (autonomía) en la esfera psicológica es igualmente imposible, al igual que indeseable, que un movimiento

correspondiente desde una vida dependiente de oxígeno hacia una vida independiente de oxígeno en las esferas biológicas. (p. 47)

El desarrollo del self dentro de una matriz self-selfobjeto es central en el modelo del desarrollo y es una síntesis teórica emergente de las psicologías uni- y bi-personales.

En la actualidad, la psicología del self se está expandiendo al integrar otras formas de relación [relatedness] (Shane, Shane & Gales, 1997; Fosshage, 1997b). Yo distingo tres formas de relación –la forma selfobjetal de relación (las necesidades selfobjetales de espejeamiento e idealización de Kohut), la forma intersubjetiva de relación (Stern, 1985; Benjamin, 1988; Emde, 1988; Aron, 1991; Hoffman, 1992; Shane & Shane, 1996) y la relación “de cuidado” [caretaking], la necesidad de preocuparse por el otro (relación como cuidador, como un padre para un hijo y un profesor para un estudiante) (Fosshage, 1997b). En la forma selfobjetal de relación, las necesidades selfobjetales están en un primer plano; en la forma intersubjetiva de relación, deseamos saber más sobre la subjetividad del otro y sobre cómo nos sentimos uno respecto del otro; y, en la relación “de cuidado”, deseamos cuidar al otro. Estas diferentes formas de relación no sólo son importantes en términos evolutivos, sino que también requieren diferentes respuestas en el encuentro analítico.

El mito de Edipo (Pregunta 4)

Temprano en mi entrenamiento psicoanalítico una joven mujer que era una de mis analizadas desarrolló una transferencia erótica y romántica hacia mí. Lo que me guió fue pensar en términos del desarrollo respecto de qué sería necesario si ella fuese una hija adolescente en relación a su padre. En nuestro trabajo analítico, intenté ser lo suficientemente afirmador y responsivo como para facilitar el desarrollo de una sensación de ser atractiva y deseable como también para establecer un modelo de una interacción positiva entre una mujer y un hombre. Advertí que esto estaba muy lejos de la situación edípica clásica, en la cual sería indispensable renunciar al padre edípico. Kohut (1977) articuló la teoría. Diferenció entre una fase edípica y un complejo edípico. En el transcurso de la fase edípica, el niño desarrolla un interés romántico y sexual hacia el progenitor del sexo opuesto y sentimientos competitivos hacia el progenitor del mismo sexo, necesitando suficiente responsividad selfobjetal edípica de cada uno de los progenitores para promover el desarrollo del niño. Cuando alguno de los padres es incapaz de responder, es abiertamente seductor, competitivo o agresivo, el desarrollo se descarrila creando un complejo edípico. Kohut (1982) destacó que Freud había postulado que la lucha intergeneracional, expresada en el mito de Edipo, era un aspecto fundamental de la naturaleza humana. En cambio, ofreció el mito de la Odisea y su énfasis sobre el apoyo a la propia descendencia como reflejo más

correcto de la naturaleza humana. Para mí, la visión de Kohut hace sentido clínicamente y desde la perspectiva de la evolución.

Más recientemente, Jody Davis (1994, 1998) ha escrito acerca de la emergencia de la sexualidad adulta post-edípica en la transferencia. Las implicancias clínicas de sus formulaciones, con las cuales estoy en acuerdo, son muy similares a la reformulación de la fase edípica y la evolutivamente necesaria responsividad selfobjetal planteada por Kohut.

El uso de los sueños en el trabajo analítico (Pregunta 3)

Desde mi punto de vista, la mentación³ [mentation] onírica, un proceso que transcurre durante el dormir, funciona centralmente, al igual que la mentación despierta, para procesar información. Cuando soñamos, usamos de modo variable modalidades duales de cognición –la modalidad ligada a las imágenes y dominada por lo sensorial del proceso primario y la modalidad enraizada lingüísticamente del proceso secundario (McLaughlin, 1978; Noy, 1969, 1979; McKinnon, 1979; Fosshage, 1983, 1987a; Lichtenberg, 1983; Bucci, 1985, 1994). Estas modalidades aparecen en los sueños bajo la forma de imágenes sensoriales y palabras habladas y no habladas. Así como las palabras están ubicadas en un orden lógico coherente con la finalidad de dar forma al significado y el foco cognitivo, de la misma manera las imágenes están ordenadas secuencialmente con la finalidad de expresar significado y de promover el procesamiento afectivo-cognitivo (ver Epstein, 1994, para una reseña), lo cual clarifica por qué los sueños pueden ser tan poderosos en términos emocionales. Aunque los modelos contemporáneos de los sueños difieren, la visión de los sueños como procesos que centralmente procesan información es, según creo, una perspectiva crecientemente convergente que ha evolucionado a partir de la investigación de los sueños y de la psicofisiología, la teoría psicoanalítica contemporánea, la psicología cognitiva y el trabajo clínico.

Me refiero a mi modelo en particular como el *modelo organizacional de los sueños* porque el proceso y la función nuclear del soñar es organizar datos. Postulo, de modo más específico, que la mentación onírica, al igual que la mentación despierta, desarrolla, mantiene y restaura la organización psicológica y regula el afecto (Fosshage, 1983, 1987b, 1997). En su empleo variable de las modalidades ligada a las imágenes y lingüística de la mentación durante los ciclos REM y NREM, el soñar, al igual que la mentación despierta, varía desde la cognición elemental (p. ej., la repetición momentánea de un evento) hasta las formas más complejas de mentación (p. ej., esfuerzos por la solución compleja emocional e intelectual de problemas).

³ N. del T.: La palabra *mentation* es un neologismo. En consecuencia, no existe una traducción simple y hemos optado por “mentación”. En términos generales, Fosshage parece emplear el término para dar cuenta del conjunto de los procesos mentales involucrados en la generación o construcción de la experiencia, sea en el estado despierto o durante el sueño.

Postular que los sueños, al igual que la mentación despierta, pueden promover los procesos evolutivos en algún sentido se sobrepone al concepto de la función compensatoria de los sueños de Jung. Como el lector sabe, para Jung, cuando “la consciencia del ego” se desvía del self, el sueño intenta compensar (o corregir o reparar personalmente, utilizando nuestra terminología) a la persona. Creo, sin embargo, que la función evolutiva del soñar es más amplia. Soñar, al igual que la mentación despierta, puede contribuir al *desarrollo* de la organización psicológica a través de la creación o consolidación de una nueva solución o síntesis. Al contribuir al desarrollo, es posible que emerjan nuevos ángulos perceptuales, nuevos perceptos del self y del otro; es posible que se retraten en imágenes nuevas formas de comportamiento, nuevos escenarios relacionales. Además, la mentación onírica a menudo continúa los esfuerzos inconscientes y conscientes despiertos de resolución de conflictos –por medio de la restauración de un estado previo, la utilización de procesos defensivos o la creación de una nueva organización.

El postulado de Freud respecto de que todos los sueños involucran una transformación defensiva (disfrazante) del contenido latente subyacente es distintivo del modelo clásico, lo que lo diferencia de todos los demás modelos de los sueños. Jung fue el primero que rechazó la distinción entre contenido manifiesto-latente. Una vez que se renuncia a las teorías de la pulsión y la energía, deja de ser necesario en términos teóricos postular la ubicuidad de operaciones defensivas o disfrazantes en la mentación onírica. La distinción entre contenido manifiesto-latente, sin embargo, está profundamente arraigada en el psicoanálisis (como también en nuestra cultura) y, desde mi punto de vista, mediante la traducción ubicua de la imaginería onírica potencia la influencia del analista a la hora de entender los sueños a expensas del soñante y la experiencia onírica.

Creo que los sueños revelan de modo más directo –a través de los afectos, las metáforas y las temáticas– las preocupaciones inmediatas del soñante. Las organizaciones defensivas, lo que llamamos aversión (Lichtenberg, Lachmann & Fosshage, 1992), son una vía de proteger la cohesión del self y pueden aparecer directamente en los sueños o no, pero no necesariamente resultan en rellenos disfrazados. No diferencio entre contenido manifiesto y latente y, en vez de ello, empleo el término *contenido onírico*. Desde mi perspectiva, las imágenes oníricas son escogidas de modo primario no con el propósito de disfrazar, sino por su poder evocativo y utilidad efectiva a la hora de pensar sobre la cuestión en juego, muy similar a una persona despierta que escoge palabras para promover el proceso de pensar significativamente sobre preocupaciones internas.

La idea de que las imágenes oníricas son escogidas como el lenguaje imaginario y lingüístico disponible al soñante en ese momento para expresar y facilitar aquello sobre lo cual el soñante piensa afecta profundamente nuestro

trabajo y comprensión de los sueños⁴. *Las imágenes oníricas necesitan ser evaluadas en cuanto a aquello que revelan, metafórica y temáticamente, no en cuanto a aquello que ocultan.* Con este énfasis, cada imagen onírica, tal como es utilizada en el contexto del escenario del sueño, puede ser mejor apreciada en cuanto a aquello que comunica. Por ejemplo, el “yo” en el sueño identifica al soñante y las imágenes objetales representan las imágenes que el soñante tiene de los demás. Dejar de asumir que estas imágenes objetales son proyecciones del self del soñante nos proporciona acceso a las imágenes que el soñante tiene de los demás, del self-con-los-demás y de patrones relacionales importantes. La exploración puede revelar que aspectos del soñante son proyectados sobre un otro; sin embargo, rechazar el supuesto común de que las representaciones objetales son representaciones del self nos permite iluminar los patrones relacionales del self-con-el-otro propios del paciente además de los aspectos del self que son proyectados sobre un otro.

Desde la perspectiva actual, reconocemos que el paciente y el analista variablemente contribuyen a la comprensión de los sueños del paciente. Al intentar maximizar la influencia de la experiencia onírica misma a la hora de llegar a un entendimiento co-construido, resumo de modo breve cinco líneas directrices para trabajar analíticamente con los sueños (ver Fosshage, 1997, para una presentación más completa):

1. escuchar tan cercanamente como sea posible la experiencia del paciente *dentro del sueño*;
2. rellenar la experiencia del soñante dentro del sueño (p. ej., “¿Qué estaba sintiendo cuando ocurrió eso en el sueño?” “¿Qué estaba experimentando?”);
3. entender la imaginación onírica metafórica y temáticamente;
4. identificar (cuando no está claro) si acaso, dónde y cuándo estas temáticas han emergido en la vida despierta o cómo están conectadas con la experiencia despierta; y
5. asumir que el *contenido* del sueño está directamente relacionado con la transferencia sólo cuando el analista aparece en el sueño o el soñante de inmediato asocia con el analista –de otra manera, el *proceso de comunicar* el sueño al analista, más que el contenido, con gran probabilidad porta el significado transferencial.

⁴ Joseph Cambrey preguntó si acaso la “fantasía inconsciente” tiene “un papel en la construcción de las imágenes oníricas” en mi modelo. El término fantasía inconsciente típicamente ha sido asociado de manera psicoanalítica para hacer referencia a fantasías arraigadas en términos evolutivos (por lo tanto, constitucionales) y generadas de modo intrapsíquico que varían de acuerdo al modelo particular (p. ej., freudiano, kleiniano). La investigación en psicología cognitiva ha demostrado que el procesamiento inconsciente siempre está ocurriendo durante los ciclos vigilia/sueño. Desde mi punto de vista, la fantasía inconsciente se refiere a procesos organizadores inconscientes que emergen a partir de nuestro arraigamiento en matrices relacionales. Cualquier proceso organizador inconsciente puede participar en la formación de nuestros sueños.

Si sentimos que un patrón relacional que emerge en el sueño está produciéndose tanto en la relación analítica como en la relación externa, aún cuando el paciente no lo ha mencionado, podemos simplemente indagar, “¿Me pregunto si estás experimentado eso también aquí?” A la transferencia, en el sentido de aplicar el contenido del sueño a la relación analítica, puede así hacerse referencia sin traducir imaginaria onírica y sin minimizar los sueños del paciente o la experiencia asociada que involucra relaciones externas a la relación analítica.

Esta aproximación a los sueños basada en la fenomenología valida la experiencia del soñante y fortalece la convicción respecto del significado del sueño. Las imágenes oníricas son apreciadas en cuanto a su valor comunicativo dentro de la estructura del drama onírico. Es importante advertir que el soñante puede comenzar o continuar confiando más en su propia experiencia onírica –más que en las traducciones interpretativas del analista– para entender el sueño. Todo esto facilita un sentido fortalecido [empowered] y vital del self.

Debido a que los sueños varían en cuanto a su significancia, es comprensible que varían en cuanto a su utilidad en el trabajo analítico. En diversos momentos indago acerca de los sueños con la esperanza de que el pensamiento imaginario más destacado que emerge en un sueño puede resultar útil en nuestra labor analítica.

La búsqueda espiritual (Pregunta 5)

Hago el intento de dar la bienvenida a la discusión de cualquiera de los temas que mis pacientes traen consigo, incluyendo por supuesto cuestiones religiosas y espirituales. La espiritualidad es muy difícil de definir. No obstante, en cierto sentido, la espiritualidad como actitud de aceptación e incluso reverencia involucra todos nuestros esfuerzos por conocernos a nosotros mismos y por vernos a nosotros mismos en relación a los demás, al mundo más amplio, a la naturaleza, al universo. En este sentido, toda la labor analítica podría ser visualizada como esfuerzo espiritual. Los trasfondos religiosos a menudo son discutidos, pero sólo pocos de mis pacientes son activamente religiosos. No obstante, visualizo a cada persona como involucrada en la espiritualidad. Debido a mi propia lucha personal con la religión, que se centró en torno a la cuestión de su imposición, me llevó un tiempo volverme respetuoso y aceptador de ella, aunque creo que siempre he tenido sentimientos en relación a lo espiritual.

El rol del analista y el cambio terapéutico (Preguntas 1 & 2)

Desde mi punto de vista, el analista y el paciente co-construyen a través de la percepción y la interacción el encuentro analítico. Mientras que la relación analítica es asimétrica en cuanto a su foco (Aron, 1996), el analista y la subjetividad del

analista (Stolorow, Brandchaft & Atwood, 1987) están mucho más involucrados por medio de la percepción y la interacción de lo que se había advertido con anterioridad. Hemos llegado a reconocer y a hacer uso de una variedad de respuestas que trascienden por mucho la interpretación (Gedo, 1979; Bacal, 1985; Fosshage, 1997b; Knoblauch, 2000). La relación analítica es asimétrica, pero es en verdad una relación compleja y co-construida.

De manera que ¿cómo se produce el cambio terapéutico? Desde mi perspectiva, el primer proceso de cambio involucra una indagación que utiliza las modalidades empática y centrada en el otro de percepción (Fosshage, 1995, 1997a) para dilucidar quién está contribuyendo qué a la experiencia del paciente (y también a la del analista). Una tarea central en el psicoanálisis es iluminar o interpretar la experiencia temática y ampliar la consciencia de los patrones problemáticos primarios de organización, sus orígenes y sus contribuciones a la experiencia presente. La consciencia ampliada genera una nueva perspectiva sobre las actitudes existentes y sus orígenes y potencia su suspensión.

El segundo proceso del cambio analítico es la co-creación de nueva experiencia relacional mediante una alianza con los impulsos hacia el desarrollo o los intentos de corrección o reparación personal del paciente. La experiencia relacional nueva sirve como base para el establecimiento de nuevos patrones de organización (y nuevas redes neuronales de memoria). Las nuevas experiencias del self y del self-con-un-otro son necesarias para establecer nuevas imágenes y actitudes (Loewald, 1960; Fosshage, 1994; Stern, 1994; Stern et al., 1998; Shane, Shane & Gales, 1997; Frank, 2000).

Basándose en la investigación de la infancia, Beebe y Lachmann (1994) han identificado tres procesos de construcción de estructuras, a saber, la regulación en curso de la experiencia repetida, los ciclos de disrupción y reparación (Kohut, 1984) y los momentos afectivos elevados (Pine, 1990). Dentro de la situación psicoanalítica, todos estos procesos de construcción de estructura contribuyen a la experiencia relacional nueva. El proceso exploratorio/interpretativo mismo puede involucrar cualquiera de estos procesos de construcción de estructura y, con ello, contribuir a la co-creación de experiencia relacional nueva. El proceso interpretativo es una experiencia profundamente relacional, aquello que Orange (1995) oportunamente llama comprensión emocional, e involucra al analista como persona en una forma mucho más plena de lo que se había pensado con anterioridad. Por ejemplo, las intervenciones exploratorias e interpretativas incluyen las entonaciones del analista, los meta-mensajes (Wachtel, 1993), las expresiones corporales y faciales (Knoblauch, 2000) y notable rango posible de actitudes subyacentes (p. ej., calidez o retraimiento, autoritarismo o colaboración), de las cuales todas contribuyen a la experiencia relacional que el paciente tiene del analista. Además del proceso exploratorio/interpretativo, la experiencia relacional nueva engloba un amplio espectro de interacciones verbales y no verbales. Una actitud aceptadora y calmada, un destello en los ojos del analista, un toque de aliento, una rabia protectora, un gesto amoroso, un momento de alegre resonancia

por un logro, son sólo algunos ejemplos de posibles experiencias relacionales que transcurren en el encuentro analítico. Cuando poderosos perceptos negativos del self y del self-con-un-otro se encuentran presentes, el analista y el analizado *ambos* deben iluminar estos perceptos *y* co-crear, a través de procesos de regulación en curso, ciclos de ruptura/reparación y momentos afectivos elevados, experiencia relacional nueva en base a la cual se formarán nuevos perceptos.

Debido a que estas dos vías hacia el cambio analítico están tan claramente entrelazadas de modo intrincado, ¿por qué las separo en términos conceptuales? Primero, el consistente énfasis sobre la interpretación en el psicoanálisis ha tendido a oscurecer la importancia de la experiencia relacional nueva. Y segundo, la interacción analítica requiere un rango de responsividad mucho más amplio de lo que se reconocía antes para cada día analizado/analista con la finalidad de co-crear la necesaria experiencia nueva. Un análisis que es demasiado exclusivo en su uso de la exploración y la interpretación tenderá a limitar la necesaria co-creación de la experiencia nueva. Sin embargo, el intento de crear nueva experiencia relacional sin suficiente aclaración e interpretación de patrones problemáticos de organización tenderá a limitar la efectividad, puesto que el paciente no será capaz de registrar la nueva experiencia y de formar nuevas redes de memoria sin suficiente perspectiva y libertad respecto de lo antiguo.

Ilustraré el interjuego entre la exploración y la interpretación y otras formas de experiencia relacional nueva con dos viñetas clínicas que involucran al mismo paciente. La co-creación de experiencia relacional nueva que no se caracteriza por la reflexión, sino por una interacción espontánea más directa que involucra la auto-revelación y un momento afectivo elevado está en un primer plano en la primera viñeta. En la segunda viñeta, la exploración e interpretación de las antiguas configuraciones es el centro de interés.

Primera ilustración clínica

S, que estaba en análisis con tres sesiones semanales, se había unido recientemente a uno de mis grupos analíticos. El grupo había gatillado una temática competitiva impulsada por mucha ansiedad, que estaba relacionada con su experiencia de su hermano. Después de una larga relación incestuosa con el hermano, éste alardeaba sadísticamente llevando una chica tras otra a su alcoba, dejándola a ella fuera y dejándola con sentimientos profundos de rechazo y soledad. Mis expresiones de calidez hacia otros pacientes a menudo amenazaban con rupturar nuestro vínculo, gatillando deflación, retraimiento y rabia. Durante una sesión individual en particular, cuando ella estaba experimentando nuestra conexión en peligro, dijo con tono de súplica, “Yo no voy a luchar por usted. No lo haré”. Reconociendo su necesidad de apuntalar nuestra conexión y sintiéndome emocionalmente disponible para hacerlo, respondí de modo espontáneo y enfática, “No es necesario que luche por mí, ¡si me tiene!” Sus ojos se abrieron mientras recibía esta

tranquilizadora perspectiva. Más tarde, esa misma noche, S dejó un mensaje en mi máquina contestadora. Dijo:

He estado pensando en algo que usted me dijo esta tarde y puedo escuchar su voz una y otra vez. Cuando dijo que no necesito competir por usted, “si me tiene”, usted fue muy, muy enérgico y lo dijo con mucho sentimiento. Lo escucho en mi mente una y otra vez. Me siento perpleja, es tan extraño, pero me siento aliviada, como si no tuviera que luchar por usted, es alivante y me produce miedo al mismo tiempo... Siento que esto es lo más importante que ha dicho. Tendrá que recordármelo. Me puedo volver loca y no me acuerdo. Es raro, quizás no tenga que luchar por usted –está aquí y no se va a ir a ninguna parte.

La próxima mañana S dejó el siguiente mensaje:

Realmente me siento mucho mejor. Efectivamente me siento más esperanzada. Es la cosa que usted dijo –no tengo que competir por usted y lo tengo. Me está haciendo pensar en las cosas de una manera nueva.

En mi aseveración espontánea y enfática, una poderosa afirmación explícita sobre S y nuestra conexión evocó una nueva manera vitalizante de mirar nuestra relación. Mi aseveración estaba influenciada por las contribuciones de Kohut (1984) respecto de que cada uno de nosotros necesita desarrollar una sensación de sentirse importante, valorado, único, especial, querido y querible y, al hacerlo, necesitamos una relación sólida, incluso inmutablemente apoyadora y afirmadora. Mi respuesta fue facilitadora porque en ese momento asuntos ligados al apego, y no a la sexualidad, estaban en un primer plano. S y yo estábamos en medio de la creación de experiencia relacional nueva que involucraba un re-encuadramiento interpretativo. Digo “interpretativo”; sin embargo, no estoy utilizando el término en el sentido de explicar su experiencia. Esta interpretación involucró un re-encuadramiento que capturó un punto evolutivo de inflexión. S había dejado en claro que con facilidad experimentaba la pérdida de nuestra conexión, en línea con experiencias traumáticas pasadas, lo que gatillaba deflación y desesperación. Necesitaba saber que nuestra conexión de apego era sólida, confiable e indestructible con tal de que actuara como antídoto lo suficientemente poderoso de traumas pasados en sus esfuerzos por consolidar un sentido cohesivo nuevo y más positivo del self y del self-con-un-otro. No interpreté simplemente o hablé acerca de lo que ella necesitaba. Basándome en esta comprensión, me encontraba, por utilizar la feliz frase de Bacal (1985), “en acción” en la manera que ella necesitaba que yo fuera en ese momento, para crear lo que Beebe y Lachmann (1994) llaman una experiencia “afectiva elevada” y lo que Stern et al. (1998) llaman un “momento de encuentro”. Para ser en acción lo que ella necesitaba que yo fuera, yo necesitaba sentirme emocionalmente disponible y en medio de justo ese tipo de relación, lo que Balint (1968) de manera oportuna denominó “una mezcla armónica que se interpenetra”. Entonces pude responder con un profundo sentido de convicción –en palabras de S, “usted fue muy, muy enérgico y lo dijo con mucho

sentimiento”–, necesario para sobreponerse a la influencia dominante de sus perceptos y expectativas de que yo fuera igual a su hermano y la traicionaría y la rechazaría sadísticamente. A pesar de que tanto la clarificación de lo antiguo como la creación de lo nuevo están operando, en este momento la experiencia relacional nueva, que cristaliza una experiencia anhelada y que actúa como antídoto, estaba en un primer plano actuando como base para el establecimiento de un nuevo sentido del self y del self-con-un-otro. Podemos escuchar, en los comentarios de S, literalmente la nueva forma de pensar que se está desarrollando y que se ubicó en yuxtaposición a lo antiguo.

Segunda ilustración clínica

Siendo socialmente fóbica, S había experimentado un ataque de ansiedad en un gran evento social. Exploraciones previas habían ligado su ansiedad con expectativas de criticismo, humillación y vergüenza basadas en experiencias con su padre, quien muchas veces decía con un tono denigrante, “Simplemente no tienes lo que se necesita”. Durante la sesión específica en la cual me quiero centrar, sin embargo, nuestra exploración dio un giro repentino hacia un miedo subyacente. En nuestros esfuerzos por ayudar a S a imaginarse a sí misma en la reciente situación traumática, ella primero reiteró su sentimiento, intensamente humillada y avergonzada de su ansiedad. Su amigo aún no había llegado y ella con rapidez estaba en el baño deseando poder quedarse allí durante la noche. Mientras yo indagaba qué se sentía estar en la sala sin su amigo, ella expresó, “Me siento como una presa fácil”. Resonando con su experiencia comenté, “Usted se siente desprotegida”. Ella respondió bajo lágrimas, “Me van a matar. Necesito que alguien me proteja. Si estoy sola, me puedo dar por muerta”. Después de irnos despacio con esta conmovedora expresión, ella comentó, “Sabe, la humillación y la vergüenza son otro nivel por sobre esto. El miedo a la muerte está en el fondo”. Con la finalidad de validar la fuente de su miedo, dije de modo enfático que su miedo de ser matada es exactamente lo que experimentó con su hermano, que casi la había matado. Respondió con un alivio que emanaba de una nueva comprensión, “Nunca pensé en esto de esa forma. Pensé que era la humillación, la vergüenza, el no ser lo suficientemente buena que es mi padre, pero ser matada es mi hermano. No había adónde ir. Donde yo estuviera, él siempre estaba ahí. Mi madre dijo que me mantuviera alejada, pero él siempre estaba ahí acechando. No me sorprende haber sentido pánico en la fiesta”. Después de una pausa, reflexivamente se cuestionó, “¿Me pregunto si acaso esto me ayudará?” Le explique que esta consciencia la ayudaría de manera gradual a reflexionar en aquellos momentos en los cuales el miedo se activa, recordando los orígenes de su miedo y el hecho de que hay poca probabilidad de que la gente en la fiesta fuera a matarla. Ella dijo, “Sí, me siento como un venado encandilado”. Yo repliqué, “Congelada”. Ella afirmó, “Sí”. Agregué, “Ningún lugar adonde ir”, y ella

respondió “Correcto”. S recordó un incidente que había relatado con anterioridad, cuando siendo una niña iba al parque y fumaba para lograr que la policía la detuviera y la llevara lejos de su hogar. Había intentado desesperadamente lograr que alguien reaccionara. Contó como había pedido ayuda a su madre desde el sótano y su madre había respondido, “Déjame en paz; me estás matando”.

Aquella noche, S llamó y dejó un mensaje. Dijo que “la sesión fue ‘muy buena’, aunque eso no lo captura realmente... pero siento por primera vez que tal vez hay algo de esperanza. Sabe, esperanza de que quizás algún día seré capaz de estar con la gente y no sentirme aterrorizada en esa situación. Eso es realmente importante para mí; realmente le agradezco que me ayude con eso”.

Dentro de un espacio relativamente seguro, nos habíamos focalizado de manera principal en clarificar las fuentes del terror de S. Sus expectativas, no sólo de vergüenza y humillación, sino de ser matada, hicieron aparición. Los orígenes de sus expectativas estaban vinculados con la terrorífica experiencia con su hermano sádico, quien casi la había matado en varias ocasiones. Nuestra expansión de consciencia construida en conjunto, apoyada por nuestro intenso compromiso afectivo, proporcionó una sensación profunda de sentirse entendida y empezó a promover una nueva perspectiva. Mientras que la clarificación de un patrón de organización estaba en el primer plano durante este encuentro analítico, este proceso sólo podría haber ocurrido dentro de una experiencia relacional segura y comprensiva y su impacto fue facilitado por una profunda resonancia afectiva entre nosotros.

Varias semanas después, evidencia adicional posterior de una reorganización psicológica apareció cuando S dijo, “Aunque mi trabajo y otras cosas en mi vida no están resueltas, tengo un sentimiento de paz, de que todo está bien, de que estoy sólida, de que sin importar lo que ocurra estoy bien”. Este nuevo estado, por supuesto, no persistió, ya que lo antiguo fue gatillado una y otra vez. Pero este nuevo estado mental actuó como comienzo de la formación de nuevas imágenes del self y del self-con-un-otro, que quedó como señal de esperanza y dirección cuando se encontraba atrapada en lo antiguo.

Direcciones futuras para el diálogo (Pregunta 9)

Como coeditor, junto a Jody Davies, de la edición post-jungiana de *Psychoanalytic Dialogues* y como participante en este proyecto del *Journal of Analytical Psychology*, el diálogo me ha parecido vigorizante. En el futuro, sugiero un foco más específico y en profundidad sobre tópicos particulares. Además, siempre me parece especialmente constructivo que diferentes analistas se aproximen al mismo material clínico, incluyendo notas sobre el proceso. Me mantengo a la espera de discusiones futuras.

Referencias

- Aron, L. (1991). The patient's experience of the analyst's subjectivity. *Psychoanalytic Dialogues*, 1, 29-51.
- Aron, L. (1996). *A Meeting of Minds: Mutuality in Psychoanalysis*. New Jersey: Analytic Press.
- Atwood, G. & Stolorow, R. (1984). *Structures of Subjectivity: Explorations in Psychoanalytic Phenomenology*. New Jersey: Analytic Press.
- Bacal, H. (1985). Optimal responsiveness and the therapeutic process. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 1* (pp. 2002-227). New Jersey: Analytic Press.
- Bacal, H. (1988). Reflections on "optimum frustration". En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 4*. New Jersey: Analytic Press.
- Bacal, H. (1990). The elements of a corrective selfobject experience. *Psychoanalytic Inquiry*, 10, 347-372.
- Balint, M. (1968). *The Basic Fault*. London: Tavistock Publications.
- Beebe, B. & Lachmann, F. (1994). Representation and internalization in infancy: Three principles of salience. *Psychoanalytic Psychotherapy*, 11, 127-166.
- Benjamin, J. (1988). *The Bonds of Love*. New York: Pantheon Press.
- Bucci, W. (1985). Dual coding: A cognitive model in psychoanalytic research. *Journal of the American Psychoanalytic Association*, 33, 571-607.
- Bucci, W. (1994). The multiple code theory and the psychoanalytic process: A framework for research. *The Annual of Psychoanalysis*, 22, 239-259.
- Davies, J. (1994). Love in the afternoon: A relational reconsideration of desire and dread in the countertransference. *Psychoanalytic Dialogues*, 4 (2), 153-170.
- Davies, J. (1998). Between the disclosure and foreclosure of erotic transference-countertransference: Can psychoanalysis find a place for adult sexuality? *Psychoanalytic Dialogues*, 8 (6), 747-766.

- Emde, R. (1988). Development terminable and interminable: 2. Recent psychoanalytic theory and therapeutic considerations. *International Journal of Psychoanalysis*, 69, 283-296.
- Epstein, S. (1994). Integration of the cognitive and the psychodynamic unconscious. *American Psychologist*, 8, 709-724.
- Fiss, H. (1986). An empirical foundation for a self psychology of dreaming. *Journal of Mind and Behaviour*, 7, 161-191.
- Fosshage, J. (1983). The psychological function of dreams: A revised psychoanalytic perspective. *Psychoanalysis and Contemporary Thought*, 6 (4), 641-669.
- Fosshage, J. (1987a). New vistas on dream interpretation. En M. Glucksman (Ed.), *Dreams in New Perspective: The Royal Road Revisited*. New York: Human Sciences Press.
- Fosshage, J. (1987b). Dream interpretation revisited. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 3*. New Jersey: Analytic Press.
- Fosshage, J. (1989). The developmental function of dream mentation: Clinical implications. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 5*. New Jersey: Analytic Press.
- Fosshage, J. (1992). Self psychology: The self and its vicissitudes within a relational matrix. En N. Skolnick & S. Warshaw (Eds.), *Relational Perspectives in Psychoanalysis* (pp. 21-42). New Jersey: Analytic Press.
- Fosshage, J. (1994). Toward reconceptualizing transference: Theoretical and clinical considerations. *International Journal of Psychoanalysis*, 75 (2), 265-280.
- Fosshage, J. (1995). Countertransference as the analyst's experience of the analysand: The influence of listening perspectives. *Psychoanalytic Psychology*, 12 (3), 375-391.
- Fosshage, J. (1997a). The organizing function of dreams. *Contemporary Psychoanalysis*, 33 (3), 429-458.

- Fosshage, J. (1997b). Listening/experiencing perspectives and the quest for a facilitating responsiveness. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 13* (pp. 33-55). New Jersey: Analytic Press.
- Fosshage, J. & Loew, C. (1978). *Dream Interpretation: A Comparative Study*. New York: Spectrum Publications.
- Fosshage, J. & Loew, C. (1987). *Dream Interpretation: A Comparative Study* (Rev. Ed.). California: PMA Publications.
- Frank, K. (2000). *Psychoanalytic Participation: Action, Interaction, and Integration*. New Jersey: Analytic Press.
- Gedo, J. (1979). *Beyond Interpretation*. New York: International Universities Press.
- Ghent, E. (1989). Credo: The dialectics of one-person and two-person psychologies. *Contemporary Psychoanalysis, 2*, 169-211.
- Greenberg, J. & Mitchell, S. (1983). *Object Relations in Psychoanalytic Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Guntrip, H. (1968). *Schizoid Phenomena, Object Relations, and the Self*. London: Hogarth Press.
- Guntrip, H. (1971). *Psychoanalytic Theory, Therapy, and the Self*. New York: Basic Books.
- Hoffman, I. (1992). Some practical implications of a social-constructivist view of the psychoanalytic situation. *Psychoanalytic Dialogues, 2*, 287-304.
- Hoffman, I. (1998). *Ritual and Spontaneity in the Psychoanalytic Process: A Dialectical-Constructivist View*. New Jersey: Analytic Press.
- Knoblauch, S. (2000). *The Musical Edge of Therapeutic Dialogue*. New Jersey: Analytic Press.
- Kohut, H. (1959). Introspection, empathy and psychoanalysis. *Journal of the American Psychoanalytic Association, 7*, 459-483.
- Kohut, H. (1971). *The Analysis of the Self*. New York: International Universities Press.

- Kohut, H. (1977). *The Restoration of the Self*. New York: International Universities Press.
- Kohut, H. (1982). Introspection, empathy, and the semi-circle of mental health. *International Journal of Psychoanalysis*, 63, 395-408.
- Kohut, H. (1984). *How Does Analysis Cure?* Chicago: University of Chicago Press.
- Lichtenberg, J. (1983). *Psychoanalysis and Infant Research*. New Jersey: Analytic Press.
- Lichtenberg, J. (1989). *Psychoanalysis and Motivation*. New Jersey: Analytic Press.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1992). *Self and Motivational Systems: Toward a Theory of Technique*. New Jersey: Analytic Press.
- Lichtenberg, J., Lachmann, F. & Fosshage, J. (1996). *The Clinical Exchange: Techniques Derived From Self and Motivational Systems*. New Jersey: Analytic Press.
- Loewald, H. (1960). On the therapeutic action of psychoanalysis. *International Journal of Psychoanalysis*, 58, 463-472.
- McLaughlin, J. (1978). Primary and secondary process in the context of cerebral hemispheric specialization. *Psychoanalytic Quarterly*, 47, 237-266.
- McKinnon, J. (1979). Two semantic forms: Neuropsychological and psychoanalytic descriptions. *Psychoanalytic and Contemporary Thought*, 2, 25-76.
- Mitchell, S. (1988). *Relational Concepts in Psychoanalysis*. New York: Basic Books.
- Mitchell, S. & Aron, L. (Eds.) (1999). *Relational Psychoanalysis*. New Jersey: Analytic Press.
- Modell, A. (1984). *Psychoanalysis in a New Context*. New York: International Universities Press.
- Noy, P. (1969). A revision of the psychoanalytic theory of the primary process. *International Journal of Psychoanalysis*, 50, 155-178.
- Noy, P. (1979). The psychoanalytic theory of cognitive development. *The Psychoanalytic Study of the Child*, 34.

- Orange, D. (1995). *Emotional Understanding: Studies in Psychoanalytic Epistemology*. New York: Guilford Press.
- Ornstein, A. (1974). The dread to repeat and the new beginning. *The Annual of Psychoanalysis*, 2, 231-248.
- Pine, F. (1990). *Drive, Ego, Object, Self*. New York: Basic Books.
- Rickman, J. (1951). Number and the human sciences. En *Psychoanalysis and Culture*. New York: International Universities Press.
- Schafer, R. (1983). *The Analytic Attitude*. New York: Basic Books.
- Shane, M. & Shane, E. (1996). Self psychology in search of the optimal: A consideration of optimal responsiveness, optimal provision, optimal gratification, and optimal restraint in the clinical situation. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 12* (pp. 37-54). New Jersey: Analytic Press.
- Shane, M., Shane, E. & Gales, M. (1997). *Intimate Attachments: Toward a New Self Psychology*. New York: Guilford Press.
- Spence, D. (1982). *Narrative Truth and Historical Truth: Meaning and Interpretation in Psychoanalysis*. New York: Norton.
- Stern, D. (1985). *The Interpersonal World of the Infant*. New York: Basic Books.
- Stern, D., Sander, L., Nahum, J., Harrison, A., Lyons-Ruth, K., Morgan, A., Bruschiweiler-Stern, N. & Tronick, E. (1998). Non-interpretive mechanisms in psychoanalytic therapy: The "something more" than interpretation. *International Journal of Psychoanalysis*, 79, 903-921.
- Stern, S. (1994). Needed relationships and repeated relationships. *Psychoanalytic Dialogues*, 4 (3), 317-345.
- Stolorow, R. (1986). On experiencing an object: A multidimensional perspective. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 2* (pp. 273-279). New York: Guilford Press.
- Stolorow, R. & Lachmann, F. (1984/1985). Transference: The future of an illusion. *The Annual of Psychoanalysis*, 12/13, 19-37.

- Stolorow, R., Brandchaft, B. & Atwood, G. (1987). *Psychoanalytic Treatment: An Intersubjective Approach*. New Jersey: Analytic Press.
- Thomas, A. & Chess, S. (1977). *Temperament and Development*. New York: Brunner/Mazel.
- Tolpin, M. (1986). The self and its selfobjects: A different baby. En A. Goldberg (Ed.), *Progress in Self Psychology, Vol. 2* (pp. 115-128). New York: Guilford Press.
- Wachtel, P. (1993). *Therapeutic Communication*. New York: Guilford Press.
- Waddington, C. (1947). *Organizers and Genes*. Cambridge: The University Press.
- Winnicott, D. (1960). Ego distortion in terms of true and false self. En D. Winnicott, *The Maturation Processes and the Facilitating Environment* (pp. 56-63). London: Hogarth Press.